

Entre cuerpos y memorias: ciencia, arte y la construcción de la verdad

En el marco de Historia y Epistemología de la Biología, este escrito busca cuestionar la mirada tradicional de la ciencia, que muchas veces los libros muestran como un proceso lineal y acumulativo de descubrimientos. Desde la perspectiva de Thomas Kuhn, la historia de la ciencia no es solo un conjunto de anécdotas, sino una herramienta capaz de transformar la forma en que entendemos el mundo, aunque esa transformación también depende de los marcos desde los cuales decidimos qué consideramos “*verdad*”. A partir de esto, el análisis se centra en cómo el arte, la ciencia y la filosofía se cruzan alrededor de la memoria y la identidad, entendiendo que la construcción de esa verdad no es única ni cerrada, sino atravesada por disputas, silencios y formas distintas de visibilizar lo que fue negado durante años.

La dimensión artística que se seleccionó para este trabajo es la canción Sosa, M. (1982), “*Como la cigarra*”, que funciona como un reflejo de la resistencia argentina. La idea de volver “después de un año bajo la tierra” representa a quienes fueron desaparecidos, pero siguen presentes a través de la memoria. En ese sentido, el arte no solo ilustra la historia, sino que también la disputa, la vuelve sensible y colectiva, como si ofreciera otra forma de verdad que no pasa por los datos sino por la experiencia. En este contexto, el trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) marca un cambio importante en la forma de hacer ciencia. Antes, la reconstrucción del pasado dependía sobre todo de testimonios y entrevistas; hoy, el EAAF aporta pruebas materiales concretas, desplazando parcialmente esa centralidad de la palabra hacia el cuerpo como evidencia. A partir de restos óseos, la ciencia no solo recupera datos biológicos, sino también identidades, historias y emociones, mostrando que esos cuerpos no son solo restos físicos, sino también portadores de ausencia, duelo y memoria para las familias que intentan reconstruir lo perdido.

La ciencia forense, mediante tecnologías como el LiDAR y los estudios genéticos, logró hacer visible aquello que el “pacto de sangre” militar intentó ocultar bajo miles de hectáreas de tierra. Sin embargo, esa visibilización no es solo técnica, sino también una forma de disputar el sentido de la verdad, donde lo que aparece y lo que se mantiene oculto no depende únicamente de la evidencia, sino también de decisiones históricas y sociales. Este trabajo no solo impulsa la búsqueda de justicia, sino también una reflexión sobre nuestra propia identidad. A partir de esto, este ensayo se pregunta si el trabajo del EAAF puede considerarse una verdadera revolución en la manera de entender el pasado, al romper el silencio impuesto durante años y reemplazarlo por una reconstrucción basada en pruebas materiales que, aún así, siguen necesitando ser interpretadas para poder decir algo sobre quiénes somos.

La música y la poesía no funcionan sólo como expresiones culturales, sino también como herramientas para visibilizar la memoria y la identidad. En “*Como la Cigarra*”, se utiliza la figura de alguien que, aunque fue “borrado” y “enterrado”, vuelve para seguir cantando. La canción no solo relata la resistencia frente al olvido, sino que también lo vuelve una experiencia compartida, donde el sufrimiento deja de ser individual y se transforma en una forma colectiva de sentido. En ese pasaje, el arte no explica la historia, sino que la hace sentir, abriendo otra vía de verdad que convive con la histórica. La canción conecta con la historia argentina y con la resistencia frente al olvido, representada en símbolos como el “nudo en el pañuelo”. A través del arte, el dolor individual por las desapariciones pasa a convertirse en una experiencia colectiva de memoria, esperanza y recuperación.

Frente a una verdad que durante años fue ocultada, el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) tiene un papel clave al aportar pruebas materiales sobre lo ocurrido en la dictadura. Sin embargo, esa materialidad no habla por sí sola: necesita ser interpretada para convertirse en verdad socialmente reconocida. Su trabajo consiste en convertir restos óseos en evidencias concretas a través de la biología y la genética forense, transformando fragmentos de cuerpos en formas de identificación que también reconfiguran historias de vida y ausencia. Desde la creación de su laboratorio en 2007, el equipo logró mejorar mucho la rapidez y la precisión de las identificaciones, pudiendo obtener perfiles de ADN incluso a partir de restos mínimos, como un diente, para compararlos con el Banco de Datos Genéticos.

Además de los estudios genéticos, el EAAF utiliza tecnologías como el sistema LiDAR y el análisis de fotos aéreas de 1979 para identificar cambios en el terreno que puedan señalar fosas clandestinas. Sin embargo, incluso la tecnología más precisa no reemplaza el trabajo de interpretación y búsqueda situada, donde cada marca en la tierra puede leerse como huella de una historia intentada borrar. A esto se suma el trabajo manual de excavar y revisar la tierra en busca de evidencias de que los cuerpos fueron movidos con maquinaria pesada para ocultarlos. De esta manera, la ciencia logra devolverles la identidad a esos restos, aunque esa identidad no es solo biológica, sino también narrativa y social, haciendo que las víctimas recuperen su nombre y su historia.

Desde la mirada de Thomas Kuhn, el trabajo del EAAF puede pensarse a partir de las ideas de “ciencia normal” y “revolución”. La ciencia normal es aquella que se apoya en conocimientos y prácticas ya aceptadas por una comunidad científica. En este marco, el trabajo diario del equipo consiste en resolver problemas técnicos, como identificar personas a partir de restos mezclados, utilizando métodos propios de la antropología y la genética forense, aunque esos métodos también muestran sus límites cuando lo que está en juego no es solo la identificación, sino la reconstrucción de una historia borrada. Sin embargo, la aparición del EAAF también puede entenderse como una ruptura en la relación entre ciencia y sociedad. Para Kuhn, una revolución científica ocurre cuando un modelo ya no puede explicar ciertas anomalías. En Argentina, durante la dictadura, predominaba el silencio y la desaparición de los cuerpos como forma de ocultamiento, donde la ausencia misma funcionaba como estrategia política. En ese contexto, los restos óseos encontrados funcionan como una prueba que rompe con esa lógica y obliga tanto a la ciencia como a la sociedad a enfrentar una verdad material, que no elimina el conflicto de interpretación sino que lo vuelve visible. No se trata solo de sumar información, sino de cambiar completamente la manera de entender el pasado y el trabajo forense.

Las dimensiones artística, científica y filosófica se cruzan en un mismo objetivo: construir memoria y ciudadanía. La ciencia forense funciona como un puente entre la historia interrumpida de las familias y el presente, permitiendo cerrar heridas al devolver la identidad a los desaparecidos. Sin embargo, ese puente no solo une pasado y presente, sino que también expone que la memoria no es un terreno estable, sino un espacio en disputa donde distintas formas de verdad conviven y tensionan lo que se considera legítimo recordar. Cuando un familiar recibe restos identificados, como en los casos de Oscar Omar Reyes o las mellizas Carranza, se produce un acto de reparación que va más allá de lo técnico y se convierte en justicia social. Esta articulación muestra que el conocimiento científico es, en el fondo, una construcción colectiva que busca la verdad frente al silencio impuesto, aunque esa verdad nunca sea completamente cerrada ni definitiva. Al hacer visible lo que la represión intentó ocultar, la ciencia y el arte impulsan a la ciudadanía a acceder a esa verdad, evitando que queden vacíos en la historia del país. En definitiva, la unión de estas dimensiones permite que los datos

biológicos se conviertan en un soporte para la democracia y el reconocimiento de la dignidad humana, entendiendo que esa democracia también se sostiene en la forma en que decidimos mirar y narrar lo que ocurrió.

Para concluir, al retomar la hipótesis de este trabajo, se confirma que la labor del EAAF constituye una auténtica revolución científica. Sin embargo, más que un cierre definitivo del pasado, lo que se abre es un campo de tensiones donde la verdad no aparece como algo dado, sino como una construcción que se disputa entre lo que se puede probar, lo que se puede recordar y lo que todavía falta nombrar. No se trata de un simple progreso acumulativo, sino de una ruptura con el paradigma del silencio impuesto como verdad oficial, reemplazándolo por una historia sostenida en pruebas materiales que nos permiten saber quiénes somos realmente, aunque esa identidad no sea nunca única ni completamente estable. En ese movimiento, la ciencia deja de ser solo un registro frío del pasado para convertirse en una forma de restitución, donde lo que fue ocultado vuelve a tener nombre, historia y presencia, pero siempre atravesado por la mirada de quienes lo interpretan. A la vez, el arte y la memoria colectiva funcionan como una voz que no permite que esa reconstrucción quede encerrada en los laboratorios, sino que la empuja hacia lo social y lo humano, recordando que la verdad también se siente, se narra y se comparte. Así, entre lo que se busca, lo que se encuentra y lo que se recuerda, se va armando una imagen más completa de la historia, no cerrada ni definitiva, sino en permanente reconstrucción. Una historia que ya no se sostiene en el silencio, sino en la decisión activa de mirar, preguntar y reconocer lo que durante años fue negado.

Finalmente, como futuros docentes de Biología, es necesario entender estas relaciones entre saberes. La ciencia no es un conjunto fijo de datos o leyes, sino una construcción colectiva que se vincula directamente con la sociedad, y por eso también está atravesada por decisiones sobre qué se investiga, qué se legitima y qué se deja en los márgenes. Reconocer que la biología puede ayudar a “suturar la cicatriz” de una familia y de un país nos obliga a enseñar una disciplina que no se limite a explicar lo biológico, sino que también contribuya a sostener la memoria, la identidad y la ciudadanía, entendiendo que el conocimiento científico no es neutral frente a esas dimensiones. Nuestra tarea será formar estudiantes capaces de ver en el dato biológico una herramienta de reconstrucción, para que incluso en los momentos más oscuros siga presente la idea de que “alguien te rescatará para ir cantando”.

Bibliografía:

Correa, D. (21 de marzo de 2026). La ciencia forense que devuelve nombres a los desaparecidos. Ámbito.

Kuhn, T. S. (1971). La estructura de las revoluciones científicas (1.ª ed. en español). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1962).

Sosa, M. (1982). Como la cigarra [Canción]. En Mercedes Sosa en Argentina. Philips.